

Juan Soriano, premio Velázquez de las Artes Plásticas 2005

LUZ GARCÍA

A Marek Keller,
quien cantará ¡Madrid, Madrid, Madrid!

Juan Francisco Javier Rodríguez Montoya es el nombre que le pusieron sus padres. Octavio Paz lo llamó “Muchacho de mil años”; Sergio Pitó, “el perpetuo rebelde” y Octavio G. Barreda, “endeble demonio”. Otros lo han llamado el “Mozart de la pintura”, por su precocidad para el arte y “el poeta pintor”. Pero hay otro adjetivo que también lo define, el que le dijo su director en la primaria: “¡Juan, eres un monstruo!”, porque la monstruosidad también es belleza que ha plasmado en un bestiario escultórico, pictórico y dibujístico. Pero él simplemente dice que se llama Juan Soriano, y considera el arte como un fascinante orden que resiste al tiempo: “He heredado el primer signo trazado en las Cuevas de Altamira, el primer garabato que hay en una montaña, porque todo ello es herencia plástica....”

¿Quién es éste “monstruo del arte” que ha obtenido el Premio Velázquez de las Artes Plásticas 2005? Juan Soriano nació el 18 de agosto de 1920 en Guadalajara, Jalisco. Es hijo de Juan Rodríguez Soriano, político revolucionario y Amalia Montoya. En 1997 presentó una retrospectiva de pintura, escultura, dibujo y obra gráfica, por sus 60 años de trabajo en el Centro de Arte Reina Sofía de Madrid. Respecto a su vínculo con el pintor español Diego de Velázquez, autor de *Las meninas* o *La familia de Felipe IV*, 1656, obra que se encuentra en el Museo del Prado, en Madrid, Soriano dice “profesar un enorme amor por esta obra que viene a ser casi un cuadro sagrado. Me gusta muchísimo porque todas las formas que hay en esa pintura están en su lugar, son preciosas las variaciones de tonos del cuadro. Es un cuadro

que me ha impresionado toda la vida. Lo dejo de ver, de pronto vuelvo a mirarlo y me llevo alguna sorpresa, como si fuera la primera vez, ya que lo veo renovado, distinto.”

La noticia de la presea concedida por el Ministerio de Cultura de España, Juan Soriano la recibió en París, Francia, donde se encontraba después de visitar Polonia y Alemania. “Me da mucho gusto recibir un laurel como éste. Nunca he esperado las distinciones, no es algo que haya buscado, es algo que llega. Las obras más hermosas de Velázquez tienen como un fermento nutritivo, una cantidad de lugares comunes, de una cierta forma de ser que se dio mucho en España y fue la descripción soez del pueblo y que está muy bien escrita también en *El Quijote* de la mancha, de Cervantes: esa cosa del hombre degradado. Velázquez sabe mucho de eso y lo transforma en algo muy espiritual y bello.”

El Premio es un reconocimiento a su trayectoria y está dotado con 90 mil euros (115 mil dólares) y una exposición en el Museo Reina Sofía de Madrid. Los artistas que también lo ha obtenido son Pablo Palazuelo en 2004, Antonio Tápies en 2003 y Ramón Gaya en 2002.

Con el maestro Juan Soriano he sostenido varias conversaciones en su casa-estudio en la calle de Amsterdam, de la ciudad



Autorretrato de Juan Soriano

de México; conversaciones que se plasman en un ensayo biográfico en proceso, mismo del que ofrezco unas reflexiones para los lectores de El Búho.

El arte, una lucha constante

Para Soriano el arte es una lucha constante que no ha terminado desde que tenía cinco años: “Muchas veces, aun dormido, trato de ordenar los volúmenes de una escultura o el leimotif de la estructura de la pintura. Pero no sé que dicen esas obras, no sé de qué hablan, si son melancólicas, si hablan de amor, si hablan de tristeza o de resentimiento. En cuanto el artista termina la obra, ésta deja de pertenecerle y es de quien la ve en el caso de la pintura o del que la baila o escucha, en el caso de la música o del que lee los poemas y las novelas, en el caso de la literatura. Pinto porque no sabría qué hacer, siempre pensé que era muy triste que te absorbiera el oficio y ahora no hago más que pintar, dibujar y siento que me hace falta tiempo.”

Cuando era pequeño, cierta vez se escondió debajo de la cama y mientras toda su familia lo buscaba y llamaba a la policía, Juan Soriano permanecía calladito, sonriendo e “imaginando las



Juan Soriano

caras de mis hermanas para que sufrieran. Cuando Octavio Paz escribió lo de ‘niño de mil años’, me dieron ganas de estrangularlo porque me parecía horrible ser niño. Cuando eres pequeño se suele ser muy malvado, tienes instintos destructivos difíciles de controlar. Yo salía de la escuela a estar solo o me iba a un jardín.”

En la primaria lo pasaban constantemente al pizarrón a dibujar. “Juan, dibuja a Iturbide, pinta a Carlota y Maximiliano. Me aburría mucho hacerlo, hasta que un día pensé: ¿cómo me libraré de esto? Entonces hice unos marcos alrededor de los retratos con escenas medio eróticas, pinté unas con mujeres desnudas y a la profesora casi le da un ataque: ‘Pero Juan qué te pasó, estás loco, cómo voy a colgar esto’, yo le contesté: ‘qué tiene, pues es lo que hace diario toda la gente, lo veo en los teatros, en los murales, lo veo en unas Venus que he visto en fotografía, tengo libros y recortes y Chucho Reyes tiene en su casa y también Luis Barragán me presta libros de África donde las mujeres andan con los pechos desnudos y tengo mamá y nana y se lo que es un pecho, ¿por qué no lo voy a dibujar, cuál es la razón’. ‘Pues de todas maneras, yo preferiría que no lo hicieras’. ‘Bueno lo dejo de hacer, pero no me mande a dibujar los retratos de los héroes, porque dibujé solo lo que me gusta’ y ya no me volvió a encargar nada. Pero se puso furiosa y mandó llamar al director, quien me dijo: ‘¡Juan, eres un monstruo!’”

Juan, “un monstruo del arte”

Surge en él una vocación por el arte cuando empieza a copiar ilustraciones de animales, pájaros, flores y personas, con esa facilidad innata que tiene para el dibujo, talento que hereda de su padre. Así, Alfonso Michel le dice cierta vez una frase profética: “Juan, tú serás pintor”.

“Me gustaba mucho dibujar, tenía muchas facultades para improvisar espectáculos, imitar a la gente, bailar. Me impresionaban las pinturas, los poemas, la música, las obras de teatro. Los amigos de mis padres pensaban que yo iba a ser actor porque hacía imitaciones, pero realmente lo que me gustaba era estar solo y dibujar. Sin embargo, ser artista en aquellos tiempos era algo que causaba desprestigio. Cuando estaba en sexto año de primaria, un compañero cierta vez me preguntó que estudiaría al salir de la escuela y yo le contesté: ‘No sé, quizá me vaya a Europa, quiero ser pintor’ y él se soltaba llorando y me decía: ‘Qué horror,

vas a ser bohemio y mi papá me dijo que los bohemios son horribles', pero yo había leído mucho sobre cómo era la vida del pintor y comprendía que era una vida de trabajo.”

Así, Juan Soriano es guiado en sus estudios por el anticuario Jesús Reyes Ferreira, que era amigo de su hermana Martha, diez años mayor que él. “Chucho Reyes tenía una casa llena de objetos de arte como reproducciones de Giotto y Piero de la Francesca, mediante esas visitas surgió en mí una gran admiración por las cosas del pasado. También tenía estatuas, pinturas, libros, grabados y me hablaba de los altares barrocos y las fiestas de la Semana Santa. Otros amigos de mi hermana me contaban de Gómez de la Serna, Pablo Picasso, Diego Rivera y Frida Khalo”.

Poco después Martha lo lleva al estudio Evolución, que dirigía Francisco Rodríguez “Caracalla”, donde Soriano dibujaba, preparaba telas y mezclaba colores, realizando su primera exposición con sus compañeros en 1934, en el Museo Regional de Guadalajara, cuando contaba tan solo con 14 años. “En esta exposición presenté diversos retratos y naturalezas muertas. Eran retratos de una niña amiga mía, de un compañero del taller y dos retratos de mis hermanas, pero tengo una vaga memoria de las naturalezas muertas porque se perdieron.”

Sus vivencias en la ciudad de México

En 1935, Juan Soriano viene a residir a la ciudad de México. “Fue un cambio brusco y angustioso en mi vida, siempre había vivido rodeado de hermanas y tías que me cuidaban. Mis padres me dijeron que no podían pagarme una carrera, ‘estudia un oficio que es más fácil, para que ganes algo de dinero y nos ayudes’. Yo quería pintar pero no tenía el proyecto claro de ser pintor y tampoco quería ir a una academia de arte. Busqué trabajo y para desempeñarlo entré a dar clases a una escuela nocturna para obreros, donde conocí y tuve como maestro a Santos Balmori, a quien le limpiaba su estudio y su esposa me daba clases de francés.”

Cuenta Octavio Paz en Los privilegios de la vista, que en “esos años llegó de Guadalajara un joven brillante, casi un adolescente: Juan Soriano. Pronto fuimos amigos. Su conversación era un surtidor de fuegos de todos los colores, algunos quemantes; su pintura tenía la poesía de los patios con altos barandales por donde se asoman, ojos grandes y moños enormes, niñas con caras de vértigo.” Asimismo expresa el poeta que la obra de Soriano se

define con movilidad y permanencia, ¿cómo asume Juan estas constantes?

“Para Octavio yo tenía estas características porque no tenía felizmente ningún plan de estudios determinado, si hubiera asistido a la academia, me hubieran dicho: ‘tienes que aprender a pintar paisajes, naturalezas muertas y lo hubiese hecho pero después, simplemente hubiera realizado lo que yo quería.’”

También recién llegado a la capital, impartió clases de dibujo a niños de primaria. “No sabía cómo hacerlo y Lola Olmedo, me decía: ‘Entreténlos, pónlos a dibujar una mesa, una silla, platica con ellos Juan’. La gente me decía tú vas a ser pintor y yo sentía que no quería, porque me gusta estar solo, me gusta mi intimidad para trabajar y cuando empiezas a ser conocido, lo que más pierdes es la intimidad.”

Y es Juan Soriano, “un monstruo del arte”, el primer escultor que exhibió su obra en la Plaza de la Constitución cuando cumplió 80 años: esculturas monumentales de animales fantásticos y criaturas mitológicas en bronce, en marzo del año 2000.

“Me encanta el Zócalo, de pequeño viví cerca de allí. La primera salida que hice de Guadalajara fue a la ciudad de México y llegué a vivir a la calle de Moneda. Tengo recuerdos muy bellos de la Plaza de la Constitución, un lugar con una historia maravillosa y también es una obra de arte, porque las calles de una ciudad son arte y el hombre ha hecho las ciudades, las ciudades no las hizo Dios. Todo lo que la Iglesia ha hecho de daño a la vida de la gente, casi lo borra la belleza de las arquitecturas de las iglesias, de los retablos.

“He descubierto la posibilidad que tiene el ser humano de imaginar cosas que no existen y reconstruirlas en imágenes, en signos, en metáforas y en lenguajes que inventa. Es un don del ser humano y es por lo que hemos podido hacer un mundo para nosotros. Un mundo de ciudades, de culturas, donde todo puede ser imaginado con la ayuda de los signos que vas descubriendo del pasado. Es una corriente eterna, una conversación con el espíritu de los antepasados.”

El concepto de libertad

Elena Poniatowska, quien ha escrito Juan Soriano, niño de mil años (Plaza/Janes, 1998), una excelente biografía del pintor, ha señalado que si acaso “hay un ser humano libre en México, que

hace lo que quiere y hace que los demás respeten su decisión es Juan Soriano, quien nos ha dado unas lecciones de libertad absolutamente extraordinarias.”

¿Qué es la libertad para Juan Soriano?

“Pasé mucho tiempo sin entender el concepto de libertad, no lo podía situar en su verdadera medida porque cuando veía que la gente era muy libre, se volvía libertina o me volvía yo mismo libertino, entonces comprendí que para gozar la libertad, debes respetar a los demás. La educación te ayuda a sentirte libre y a respetar a los demás, siempre hay que darle su lugar a un niño, a un pobre, a un rico, darle la idea de que existe para ti, que es un semejante quizá muchísimo mejor que tú o más útil para la comunidad. Eso me da libertad y me siento contento porque uno solo absolutamente no es nada. También la pasión de la envidia te quita libertad. Cuando vez una obra maravillosa de otro artista que te cae mal como persona, pero la valoras y dices ‘que obra tan hermosa’, pues se lo agradeces y empiezas a tenerle respeto y la vida se te hace más fácil porque ya lo admiras. Imagino la libertad como una cadena de gente que vivimos en un momento dado, en una sociedad que ahora es México y si nos damos todos el aire para que cada uno viva, somos libres, si no es así, tienes que estar peleando cada pedacito para tener tu lugar y eso no te hace libre.”

¿Soriano? un adjetivo lúdico

Juan Soriano también es escultor, escenógrafo y retratista, por ello Alberto Ruy Sánchez dice que “la palabra Soriano es un adjetivo que significa estar completamente sumergido en un cosmos rico en visiones, en sensaciones literalmente lúdicas.” Le gustaba caminar solo por las calles de Guadalajara y al llegar a su casa, se ponía a dibujar en cualquier rincón ya que nunca tuvo una habitación propia. “Siempre metían a mi cuarto a una tía vieja, porque yo era hombre y el más chico de la familia, viví rodeado de mujeres: hermanas y tías que me cuidaban. Recuerdo a una tía que rezaba como loca por la noche y yo le decía; ‘Tía, ¿pero qué tantos pecados cometiste?’ Y ella me decía: ‘Cállate Juan, te vas a ir al infierno”

Y sí, Juan Soriano, quien fue uno de los fundadores del grupo teatral Poesía en Voz Alta en 1956, se fue a un infierno abismal que lo ha aprisionado felizmente durante más de ocho décadas. Le gusta entrar a las iglesias para ver los altares y su belleza

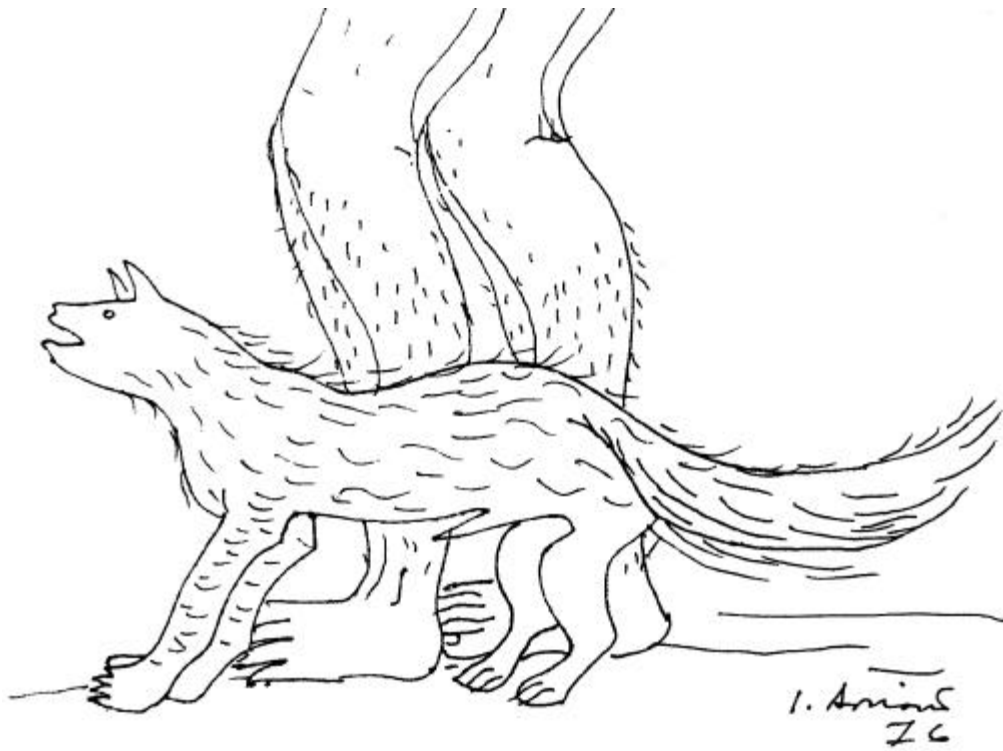
arquitectónica, pero los símbolos nunca le han interesado. Solo una vez en su vida se ha confesado, cuando era niño y tuvo que hacer su primera comunión, pero no lo hizo nunca más: “Recuerdo que cuando el padre me dio la hostia, me desmayé, pensé que era horrible comerse a Dios, en una oblea tan asquerosa. Sentí como si de veras fuera a morder a una criatura humana.”

“La gente que más influyó en mí fueron escritores y poetas como Carlos Pellicer, Octavio Paz, Xavier Villaurrutia, José Gorostiza y Efraín Huerta; por eso hice teatro, ellos habían hecho teatro y me hacían ver mucho teatro. Y a pesar de que era muy joven junto a ellos, me trataban como un igual, eso me dio seguridad.”

Recuerdos de Raúl Anguiano

“A Raúl Anguiano no lo conocí en Guadalajara, lo conocí en México. Conocía él a mis hermanas y su padre, que hacía zapatos, el Calzado Anguiano, era amigo del mío y me mandaba zapatos de regalo. Yo no era amigo de él, porque de niños si tú tienes cinco años y él diez, es mucha diferencia. Raúl en todo, salió primero al mundo, recuerdo que mis hermanas me hablaban de él y yo veía sus obras. Los zapatos que su papá me mandaba no me gustaban porque yo quería zapatos de niño y no de hombre, imagínate eran unos zapatitos como de muñequito, entonces les cortaba con una navaja la costura y pasaba caminando siempre por los charcos y luego trum, trum, tronaba el zapato, entonces le decía a mi padre: ‘Mira papá, los zapatos que te regala tú amigo, no duran nada’ y mi padre decía: ‘pues, ¿qué haces, qué barbaridad, bailas, subes a los árboles o qué?’, y yo contestaba: ‘No, pues nada más voy y vengo a la escuela, pero no duran.’ Y mi padre nunca me cachó de que yo mismo los rompía.

“En la ciudad de México conocí a Anguiano, él ya tenía algunos años de estar aquí y me cayó muy bien, era amigo de Lola y Manuel Álvarez Bravo. Salíamos de vacaciones con Lola, juntábamos un poco de dinero e íbamos al mar donde nos divertíamos muchísimo porque Raúl contaba una anécdotas maravillosas, tiene mucha fantasía porque quizás es de Jalisco y a la gente de allá con cualquier cosa inventa un cuento larguísimo y divertido. También dibujábamos juntos en mi casa con otra gente, entre todos pagábamos el modelo y esto duró mucho tiempo y la amistad ha durado siempre, jamás hemos tenido una dificultad.



Juan Soriano

Mucho tiempo después, Fernando Gamboa hizo una exposición en Bellas Artes donde participamos cada uno en una sala, ya éramos conocidos, habíamos hecho retratos de las mismas personas como Alfa Henestrosa, la mujer de Andrés, María Asúnsolo y Pita Amor, entre otros.”

La pintura en su obra

De Juan Soriano, quien también el pasado mes de abril recibió del gobierno de Francia, la Legión de Honor, Carlos Fuentes ha señalado que “es un gran pintor universal y donde quiera que viva y trabaje es Juan Soriano.”

Soriano subraya que la pintura nace del contacto con las cosas reales. “Lo que tu ves en el cuadro ya no es la naturaleza que viste, sino la transposición con los signos que tú vas inventando y creando según las pulsaciones de tu ser. En la vida no hay esos elementos que existen en el cuadro y no puede haberlos, porque la vida es algo que está sucediendo y la pintura, es algo que se plasma.”

Autor de los retratos de Rafael Solana, 1938; Xavier Villaurrutia, 1940; Diego de Mesa, 1941; Lola Álvarez Bravo, 1945; Lupe Marín, 1945; Pita Amor, 1948; María Asúnsolo recostada,

1949 y Marek Keller, 1976, entre otros, Juan Soriano nunca pudo hacer un retrato de su madre, quien siempre le decía: “¿Juanito, no me vas a pintar nunca”. “Si mamá, si te voy a pintar” y empezaba un día a pintarla y ella se aburría, se cansaba y luego que veía el cuadro se ponía peor, porque lo único que le sacaba preponderantemente eran los pechos y no los tenía así. “Creo que era una cosa de la infancia, para mí el símbolo de la madre eran los pechos, y el chiste es que ella quedaba muy desilusionada porque veía que pintaba a las amigas y les regalaba los retratos, porque tenía ganas de hacerlo, pero no puedo pintar a nadie por muy amigo, por mucho que lo estime o admire, si no me nace espontáneamente. Mucha gente se ha enojado conmigo porque no he querido hacer los retratos de sus hijos o de ellos mismos.”

Los retratos de los niños: “Boni” y las canicas

De la obra del pintor se destacan también Niña con flores, 1941; Niños jugando, 1942 y Niña con frutas y flores, 1944. Juan Soriano dice que “a los niños te dan muchas ganas de pintarlos, pero a veces eran tremendos, había una niña que para estarse quieta un rato, tenía yo puestas sobre una mesita, canicas muy grandes y bonitas, con un centro de espirales de colores y entonces ella iba

y las agarraba y decía: 'Juan me dejas jugar con eso', yo le respondía: 'No, déjalas porque se despostillan' y alegaba: 'Pues si no me dejas jugar, no poso'. Entonces la dejaba jugar, pero sabes qué era el juego para ella: agarraba las canicas y me las aventaba en la cara, así de repente recibía cada canicazo y con todo eso no podía trabajar, con esta escuincla aventándome las canicas."

Esta obra es el Retrato de Boni Van Beuren, 1944. "Era hija de Judith Martínez casada con un señor de apellido Van Beuren. Judith era una intelectual amiga mía, muy simpática y quería que le pintara a sus hijos Boni y Fredi, quien no daba lata, pero la niña era tremenda. De pronto se paraba y decía: 'Juan, ya me voy' y yo le decía: 'Espérate Boni' y llamaba a Mary, mi nana quien todavía vive para que la cuidara y le decía: 'venga para acá porque ya se quiere ir la niña' y ahí tienes a la niña bajando la escalera, ya a media cuadra, ya estaba corriendo casi y yo atrás de ella diciéndole: 'Espérame Boni, no te atraveses', pero no me hacía caso, se iba caminando, ya había acabado de posar según ella."

El concepto de la muerte

El tema de la muerte forma parte de la obra de Soriano, en obras como La niña muerta, 1938, que pertenece al Museo de Arte de Filadelfia. Un tema que se puede encontrar ya en el Renacimiento



Juan Soriano

y en el barroco de Italia, Holanda y Francia o en obras de José María Estrada y Gabriel Fernández Ledezma.

"Chucho Reyes fabricaba retablos con un estilo que pretendía fuera del siglo pasado, un estilo que los pintores todavía hacían y si se moría un niño, buscaban a alguien que lo pintara. También si te había pasado algo terrible y te habías librado de algún peligro, de una centella que había caído en tu casa, etcétera, mandaban a hacer cuadros en hojalata dando las gracias a la virgen o al santo que se había invocado. Había esas creencias todavía vivas y gente que se dedicaba a servir a esta clientela, a pintar cuadros y yo empecé así, haciendo cuadros de los milagros, de los niños hice muchos retratos y todo, pero vivos, no muertos. Empecé a hacer retratos de niños muertos, después de un viaje que hice a Veracruz donde vi la escena de una niña muerta sobre una mesa llena de flores y luego vi el entierro con música y cantos, recuerdo que no iban hombres en ese entierro, sino puras mujeres que lloraban, quizás iba el padre que cargaba el pequeño ataúd. Los retratos de niños fueron hechos porque iban a mi casa las amigas de mi madre con sus niños, generalmente más pequeños que yo, entonces yo los veía como que no se podían ni tocar, me daba la impresión de que eran muy frágiles, si los jalaba uno como que se les iba a zafar un brazo o la cabeza, los confundía un poco con los muñecos."

¿Veía Juan esos funerales cuando era niño?

"Sí, los veía uno por la calle, la primera vez te sorprende y preguntas ¿qué es eso?, te explican y luego ya es parte de la vida, ves un funeral y lo sigues un rato, a veces hasta casi el campo santo y entonces ves que los van a enterrar, eso me daba bastante miedo, ver que hacían un agujero y metían ahí el cajoncito y lloraba más la gente. Cuando pintaba los cuadros de los niños muertos me acordaba de todo eso, pero no lo reproducía exactamente, no porque no pudiera, podía haberlo hecho pero me gustaba crear una obra con proporciones dictadas por mi instinto, así como los colores y entonces modificaba las ideas y las posturas."

Una pasión, la lectura

"Generalmente me gusta releer los libros de poesía, teatro y los clásicos; quizás los dos libros que más me han gustado son La Iliada y La Odisea. Cuando leí esos libros, como que toda mi inquietud y mi búsqueda de camino para pintar, para dibujar, para

quedarme en mi casa y no tratar de darle la razón a la gente de que no debería hacerme pintor, se me borró, ya no sentí ninguna duda, dije: 'sea o no pintor, voy a dedicarme a tratar de serlo porque las obras de arte son hermosas.' Además me impresionaron las historias que yo había leído y estudiado, los griegos tuvieron el atrevimiento de presentarse totalmente desnudos, sin tratar de ser pájaros, ni simular que tenían alas, si eran un ángel o un demonio, sino que afrontaron a los animales y a la vida y se veían unos a otros no con horror ni con sensualidad macabra, se amaba la belleza, se amaba la verdad. Un cuerpo desnudo es bello y ellos buscaban las razones: sacaban estudios geométricos del cuerpo y encontraron que un cuerpo es bello porque tiene una armonía en sí mismo. Las estatuas griegas de los periodos primitivos, van siempre hacia un camino de una simplicidad y de una belleza enorme, todo lo diabólico, todo lo que sobra en la vida, no lo escondieron, lo pusieron en su lugar.

"Octavio me empezó a hablar de La Iliada, yo ya sabía que existía, porque José Vasconcelos editó esos libros que andaban rodando por las librerías y los lugares donde venden libros tirados en el suelo y los daban baratísimos. Esas fueron las primeras ediciones que compré, después adquirí versiones en francés e italiano, las cuales releía y me daba mucha alegría vivir de todas esas leyendas preciosas, todas las metáforas y las cosas que me presenta la religión griega, todo eso me llenaba de ganas de trabajar, de pintar: entonces los itismos y la gente desenfrenada por querer cambiar el mundo no me importaban ni para bien ni para mal.

"Me gustaría que cada obra mía fuera independiente de las otras, la historia de un pintor por obras y por momentos es para profesores que dan clases sobre la historia de una época. Yo veo cosas de culturas muy antiguas y de momentos muy diferentes de México y si tienen atractivo para mí me llenan de emoción y no me interesa para nada la firma del pintor. Cuando tienes una cierta cultura de la pintura sabes muy bien que es un Goya y no un Velázquez, sabes muy bien que es un Ricardo Martínez y no un Tamayo, sabes muy bien que es un Zúñiga y no un Mayol, porque tienes ya hecho el ojo a las diferencias que hay entre los artistas, pero también hay obras que no te gustan y pasa frecuentemente con artistas que admiras mucho. Un cuadro que no te interesa no existe por más que lo veas, quizá un día por alguna

razón descubres que realmente es un cuadro precioso y que tú eras un idiota de no haberte dado cuenta de ello.

"Uno no puede intervenir en la creación de un artista porque es algo íntimo y personal. El acto creativo no está en un cajón que contenga los elementos para hacer una obra, está solamente en la intuición de la gente, del deseo, de lanzarte a trabajar meses y quizás años para hacer un buen poema o un buen cuadro.

"Cuando iba a ver cuadros y no entendía qué eran, trataba de buscar una segunda explicación, no me conformaba con verlos, quería saber porque estaba esa figura ahí. Entonces encontré que hay un significado y en muchos cuadros religiosos lo que emociona más son los colores, cómo están distribuidas las formas en la tela, cómo son las figuras y toda la armonía que eso logra. La armonía puede ser melancolía y religiosidad, pero es muy difícil llegar a eso, siempre piensas: ¿qué significa ese cuadro?, como a mí me dicen: '¿y por qué la paloma o la luna?' y yo respondo: '¿y por qué no?' (sonríe).

"Yo pongo la luna porque he querido con esa forma representar cosas que a mí me sugiere, como lo que se ve en la escultura: estas especies de formas como pedazos de sandía, como un personaje que se mueve y cambia y tiene como cara y no tiene cara, que puede ser llena, redonda, que puede tener o no espesor y todo eso pensándolo en la escultura, pero en la pintura, pintaría de otra manera. Los animales han sido símbolos de miles de cosas. En cada religión, en cada cultura, un mismo animal a veces simboliza mala suerte y en otra, lo contrario, o no significa nada."

¿Hay melancolía en su obra?

"Eso si se puede decir, pero debe ser muy espontánea en la obra, quizá sale de la conjunción de colores, los espacios, las dimensiones del cuadro, las figuras. Es como una facultad para expresar con formas un estado de ánimo, generalizar un estado de melancolía, que es algo parecido al recuerdo y éste es siempre un poco melancólico."

Una cita de Octavio paz en Los privilegios de la vista, señala que en el arte no hay modas porque la modernidad tendríamos que buscarla desde el inicio de la historia del ser humano. "Claro, la gran modernidad es que el arte es siempre actual, cada vez que lees un libro, lo actualizas con tu pasión, con tu experiencia, con tu yo interno, lees el libro y lo estás reproduciendo en tu alma, en tu espíritu. Un libro no es la realidad, es un conjunto

de signos que expresan algo que escribió alguien y lo coordinó palabra por palabra, silencio por silencio, página por página para dar determinadas emociones que uno recibe cuando lo lee y eso es maravilloso, es como un recuerdo extraordinario, perenne siempre y nuevo del poder humano de expresar. Imagínate La Celestina, cuantos siglos hace que se escribió o las obras de Platón o La Biblia, y al leerlas parece que están naciendo de tu imaginación. No creo en el arte local, creo en las diferencias espirituales del arte. El arte se da precisamente porque el hombre es capaz de hacer imágenes de sus miserias, de sus amores o de sus pasiones.”

¿Cuál es su opinión de la comercialización del arte?

“Mis cuadros los cambiaba por objetos, por zapatos, por suéteres, por camisas, por libros, pero no los vendía. Inés Amor quiso darme un lugar importante en su galería como productor, un dinero y un contrato al mes pero no acepté, no quería meterme en el lío de hacer cuadros que se vendieran, quería ser libre, quería obedecer a lo que me viniera a la cabeza. Tampoco podía pertenecer a ningún partido político porque no me gusta la sujeción, me gusta el pleito, la discusión, oír lo que decían Xavier Villaurrutia, Celestino Gorostiza, Octavio Paz, José Ferrer, casi todos los escritores de la época fueron amigos míos.”

Su admiración y amistad por Rufino Tamayo

Rufino Tamayo creía en la disciplina y no en la inspiración, ¿cuál es la opinión de Juan Soriano?

“La misma que la de Rufino, quien fue un gran ejemplo para mí. Lo he admirado toda mi vida, fue el pintor que más me gustó cuando yo llegué a la ciudad de México. Había visto cuadros de otros pintores, pero no me habían impresionado tanto como las obras de él. Sin embargo, nunca he seguido exactamente su línea porque se me haría una irreverencia.”

¿Qué admira de Tamayo?

“Hay cuadros de Rufino que son monocromos en cafés, grises, negros, colores como callados, maravillosos y también hay obras con las que la gente sueña el color, violetas, rojos, amarillos fuego que tienen unas entonaciones que me fascinan, no me importa la gama que él use, tiene una gran resonancia que me provoca diversas emociones y a veces, también me dan miedo, porque encuentro en ciertos Tamayos un aire de locura.”

¿La locura no es característica del artista?

“No, porque hay artistas con un orden donde no entra el delirio y en Tamayo muchas veces hay como un delirio, una embriaguez tremenda como del fin del mundo. Debe haber sufrido mucho con las guerras, debe haber sufrido una soledad inmensa porque era muy solitario, si bien le gustaban las reuniones y los honores. No era un ser de grandes palabras ni discusiones sobre el arte, decía con claridad lo que pensaba del arte y su enorme disciplina y la fuerza que tuvo para trabajar me impresionaba muchísimo.”

¿Juan Soriano es religioso?

“Debo ser religioso, me gustan algunas ideas del cristianismo pero me siento mejor aceptando la vida sin milagros. No me gusta la idea de que un Dios está pendiente de lo que hago, se me hace como un poco rascuache.”

¿Los milagros los hace el ser humano?

“Uno hace su historia, mal que bien la va haciendo con los demás.”

Octavio Paz en su memoria

A Juan:

Setenta veces giró la rueda

y Juan cumplió otra vez, veinte años

y otra vez fue milenario.

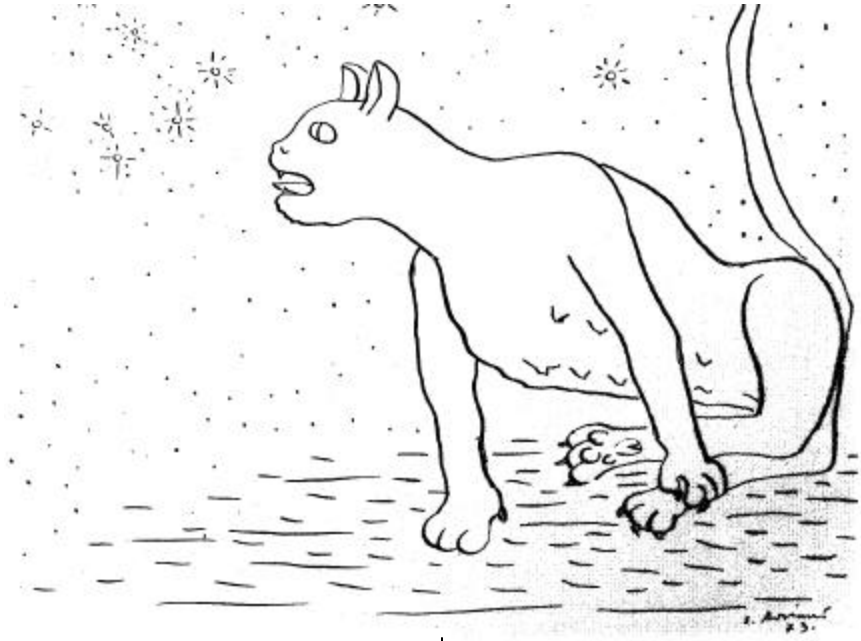
Octavio Paz. México a 18 de agosto de 1990

Juan Soriano, dice Octavio Paz en Los privilegios de la vista:

“Nos revela una infancia, un paraíso, púa y flor, perdido para los sentidos y la inteligencia, pero que mana siempre, no como el agua de una fuente, sino como la sangre de una entraña. Nos revela y se revela a sí mismo, una parte de nuestra intimidad, de nuestro ser. La más oculta, mínima y escondida, quizá la más poderosa.”

Soriano conoció a Octavio Paz a finales de los años 30, “cuando regresó de la Guerra Civil Española, era seis años mayor que yo pero siempre me trató como un amigo de la misma edad, era un hombre muy culto que me acercó al pensamiento universal.”

Cuando Octavio Paz escribió sus ensayos sobre la obra de Juan Soriano y éste los leyó, sintió que no podía seguir pintando y le dijo: “Octavio, es una gran responsabilidad la que has puesto sobre mí que no puedo pintar más, porque voy a sentir que



Juan Soriano

no puedo llegar a todo eso que tú dices, es tan maravilloso.” Leía y releía el texto y pensaba: “¿Cómo puede ver Octavio en este cuadro y en éstas acuarelas cosas que yo siento están mal hechas.” También Xavier Villaurrutia, otros poetas y pintores que conocía le decían: “Juan, sigue pintando”, pero no encontraba algo que le asegurara que podía seguir dibujando y que iba siempre a hacer cosas interesantes. Se arraigó en él, el deseo de visitar las iglesias y los altares, ver cómo están pintados y esculpidos los santos; leía libros y revistas sobre arte y comparaba las figuras de un cuadro con otro.

“Veía lo que hacían mis amigos, así como las obras de Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros y si bien algunas me gustaban, prefería las de Tamayo porque estaba más cerca de mi manera de ver la pintura. No me gustaba que las obras de Siqueiros, Rivera y Orozco estuvieran dirigidas a la gente como regaños, era una pintura muy parlanchina que te empujaba a pensar en cosas que yo no quería poner en mi obra. Los pintores de mi generación estaban obsesionados con el tema de lo mexicano, a mí no me interesaba, me parecía una mutilación, por ello me escapé de querer competir con “los tres grandes” y de los istmos, y pensé: voy a pintar lo que me gusta y fui libre. Sigo siendo libre y ello me ha permitido llegar a mis 85 años con ganas de vivir. A los 26 años conocía prácticamente las formas que se habían inventado desde la época más remota de la humanidad hasta los istmos como el surrealismo, que fue el último gran movimiento y luego han exis-

tido cosas que se derivaron de Marcel Duchamp y de la escuela norteamericana. No iba a hacer cubismo, riverismo ni orozquismo; voy a hacer lo que debo hacer, no defraudar a Octavio, pintar como a mí se me ha ocurrido, con los medios que vaya descubriendo y pueda dominar. Así, dibujar y pintar se convirtió en una especie de decir: a ver si puedo con este color, con este pincel y con este papel, dar la idea de lo que vi en un paseo, la emoción de un poema de Octavio, López Velarde, Antonio Machado o Federico García Lorca.”

¿Qué le inquietó y sorprendió del poeta?

“Algo que nunca dejó de pasarme cuando veía a Octavio después de una ausencia, cuando me mandaba una carta o cuando leía un artículo suyo, era que su presencia y su forma de ser me dejaban absolutamente como si despertara a la realidad de la vida, porque su manera de ser era tan clara, tan precisa y de un generosidad extraordinaria.” Y recuerda Juan Soriano que a Octavio Paz le gustaban las flores, los gatos, toda la naturaleza: “Tenía gran naturalidad como si hubiera sido un campesino, un marinero, un escribiente, era como cualquier persona, no era el gran poeta ni el gran pensador de la cultura. Tú podrás no estar de acuerdo y decir yo no creo que Sor Juana sea como Octavio la describe, pero si lees el libro, la obra te seduce porque es algo que él sintió, leyó, meditó, quiso y brotó de su ser en forma espontánea, como una semilla de la que nace una flor o un árbol y Octavio adoraba los árboles, hablaba mucho de ellos.”

Soriano: artista itinerante. París, una estancia anual
 Juan Soriano ha residido en Italia y Francia, donde pasa anualmente una estancia invernal en París, desde 1975, en un departamento en La Republique y el Arco de San Martín, en una calle muy larga que va de la Ópera de la Bastilla hasta la ópera antigua. “Allí tengo un estudio, donde hacemos reuniones y nos gusta sentarnos alrededor de la chimenea. Hago constantes viajes a Madrid.”

¿Cuál es la influencia que ha recibido de estos países en su vida y en su obra?

“Es hermoso porque todo lo que uno sabe de libros, películas, historia, colecciones de arte, plazas y ciudades de estos países, cuando viajas, los conoces y empiezas a ver que hay algo que te une siempre: todos somos humanos y tenemos tragedias, alegrías, cosas secretas, maravillosas y tristes que en cuanto se te olvida que estás en París o en Roma, la ciudad empieza a ser como parte tuya también. Tienes tus calles, tus rincones y aprendes también sus idiomas. Todo eso se revierte en la obra de un artista y está manifestado en el ambiente de una ciudad que acaba por ser parte tuya; lo reinterpretas, lo rehaces, lo revives y lo haces propio porque la cultura es universal.”

El desnudo

“Me gusta mucho el cuerpo humano en todas sus edades: niños, niñas, hombres, jóvenes, muchachitas, señoras. Me podría pasar días, semanas o meses, tratando de dibujar un cuerpo con tal de que tuviera dos o tres elementos que me llamaran la atención. Me gusta mucho ver y registrar cómo se dobla un brazo, cómo se dobla una rodilla, cómo son los dedos de los pies, cómo está el cuello en el cuerpo, cómo se mueve, en fin, todas las posibilidades del ser humano.”

La escultura de Soriano: ente vivencial en el espacio

La primera escultura que hizo Soriano para un espacio abierto fue el Toro echado, que habita en el Parque Garrido Canabal de Tabasco (obra arquitectónica creada por Teodoro González de León y Francisco Serrano). La ola es una pequeña pieza en cerámica que hizo en Roma en 1952 y se ha transformado en una ola de bronce de siete metros. Paloma en el Museo MARCO de Monterrey (arquitectura de Ricardo Legorreta), La Luna enmarca el Auditorio Nacional (obra de Teodoro González de León y

Abraham Zabludovsky); Sirena, en la Plaza Loreto de la capital y Dafne, en el edificio Arcos.

“Los volúmenes de mis esculturas, deben ser eficaces y provocar emociones. Me procuran cierto placer de orden, de combinación, de tonos, de profundidades, y una cosa que es muy fuerte es que me dan ganas de caminar alrededor de ellas.”

¿Cómo hace vivir su escultura en el espacio?

“No es fácil contestar esta pregunta porque uno nunca piensa en cómo llegó a ser escultor. Tu pregunta es muy bonita, ‘¿cómo de pronto se le ocurre a uno hacer una forma tridimensional en el espacio, en vez de una forma plana como es el dibujo o la pintura?’ Lo primero que se me viene siempre a la mente, es cuando eres niño y tu nana te hace con la masa un muñequito para que te las comas. Después yo quería hacer esos muñequitos, los hacía y me los comía, luego empiezas a hacer canicas de barro y haces una figurita, tomas una cajita de tu mamá, la cortas por aquí y le pegas por allá y acabas por hacer un objeto. Así iba yo haciendo objetos, inventaba automóviles, cosas que rodaran y luego ya un poco mayor, hacía bloques de yeso y trataba de retratar en esos bloques a unas cantantes y actrices que trabajaban en el Teatro Principal de Guadalajara. También hacía figuras con plastilina, con papel maché, las coloreaba y las tres dimensiones se me ocurrían con bastante imaginación para que por todos lados fueran interesantes. La escultura parece una estatua y casi te da miedo que se desfigure, que no mantenga su forma, que caiga otra vez en el caos porque la lucha del arte es ordenar el caos de tus sentimientos, lo que te rodea y generalmente te da miedo porque tratas de poner una voluntad a las cosas y siendo niño todo eso está más complicado, todo está como lleno de fantasmas y la escultura principalmente es muy fantasmal.”

¿Considera que la escultura le causa siempre una inquietud y una angustia que no le presenta la pintura?

“Cuando la escultura me sale según yo bien, no tiene un frente sino que la puedes ver de todas partes. Te paseas alrededor de ellas y van cambiando, es algo que te da un respiro, tienes que caminar para verlo, es como un paseo alrededor de una forma que te mantiene interesado porque todos los lados son interesantes.”

Sobre el Toro echado, Soriano cuenta que cierta vez chocó en la carretera con un toro, cerca de Tabasco, en un automóvil que él

manejaba acompañado de Juan García Ponce. “No maté al toro ni se deshizo el automóvil porque alcancé a frenar, pero si fue el golpe fuerte y sobre todo la sorpresa porque yo no vi al toro desde lejos, yo en realidad lo vi como un demonio, como una aparición tremenda, no sabía que era porque estaba muy oscuro pero había como un resplandor de Luna que dejaba pasar la luz. Entonces de pronto vi esta cosa con cuernos enfrente de mí, entre demonio y animal, quizá de ahí salió la idea del Toro echado. Así, pinté dos cuadros con el coche y el toro echado como exvotos, uno lo tiene García Ponce, el otro no se quién lo tenga. También años después, realizaba una pintura que no me salía de un toro echado y estaba harto de bajarme del coche para ver los toros en los corrales e hice un toro chiquito en esta postura (señala la pequeña escultura del Toro echado, en bronce que está en el recibidor de su casa), que fue el que sirvió para la escultura de Tabasco.

“La paloma ha sido el símbolo del amor, de la paz, del espíritu santo. Pero hay un escrito muy gracioso e interesante de Alfonso Reyes, que yo ilustré sobre los animales. Alfonso los conoció bien: perritos, palomitas, hormigas, cocodrilos. Sobre las palomas escribió que no son el animal maravilloso, son tremendas, son egoístas, hacen el amor unas con otras sin fijarse en el sexo, siempre están pensando en reproducirse, son muy cabronas y su caca lo destruye todo. Pero también son bonitas, yo me pasaba horas viendo cómo volaban y escuchando sus ruidos, hay palomas de muchos colores y de muchas razas, hay finitas y pesadas, sus patas de color rosa son muy bonitas, muy largos los dedos.”

El libro del que habla Juan Soriano se llama Animalia, publicado por El Colegio Nacional en homenaje a Alfonso Reyes, con selección de textos de José Luis Martínez y dibujos de Juan Soriano. Alfonso Reyes en el texto “En el palomar” escribe: “La paloma no es un animal esencialmente amoroso, sino un animal esencialmente poseído del concepto de la propiedad territorial, y colérico por añadidura. La defensa del nido y sus cercanías es el verdadero centro de su existencia. Pero tampoco se crea que la defensa del nido significa amor al hogar, a la familia, no; el macho nunca defiende a su hembra, ni se le da de ella ni de sus hijos la menor cosa. Con igual furia de aletazos y currucutucúes defiende el nido lleno que el nido vacío, o el perímetro de tierra que lo rodea.”

Juan Soriano subraya que “ilustrar un libro, para personas como yo, es prácticamente imposible porque se me hace como redoblar algo que no puede uno hacer, ser espejo de un trabajo tan bello como es un poema o una novela, o de algunas ilustraciones que hice también para Ifigenia cruel de Alfonso Reyes. Ilustrar un libro es como hacer un viaje inesperado. Hice la portada de la primera edición de El laberinto de la soledad y muchos otros libros de Octavio Paz. También fui amigo de Díaz Canedo e ilustré varios libros que él editaba, recuerdo que siempre me mandaba a hacer una viñeta para las obras en el último momento, y si bien me entraaba temor, finalmente lo hacía, aunque me parecía que estaba metiéndome en cosas que yo no debía, aunque siempre fue maravilloso.”

Juan Soriano, esculturas recientes será la próxima exposición en agosto, del artista jalisciense en el Palacio de Bellas Artes. “Esculturas recientes en bronce de pequeñas piezas de 60 cm. a monumentales de dos metros. Temas que giran alrededor de la naturaleza, sobre todo, aves imaginarias.”

Imaginación de Juan Soriano, un “monstruo del arte” que afirma contundente: “No ha cambiado nada mi vida. En realidad hago lo mismo que hacía cuando era niño con el mismo gusto y con la misma sorpresa, porque si me vuelvo a encontrar un periquito como el que tuve hace 80 años, me parece tan misterioso, tan bonito, tan extraordinario ese periquito diciendo: ‘Juanito pintor, Juanito pintor’, frase que yo le enseñé a decir.”



Juan Soriano